



Trabajo Fin de Grado

Educación y adoctrinamiento en la Alemania nazi

Autora

María Porquet Torrecillas

Director

Agustín Malón Marco

Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación. Campus de Huesca.

Año 2020

Índice

Introducción	4
Educación y adoctrinamiento.....	5
Coincidencias y diferencias entre ambos conceptos.....	5
Antinomias educativas	13
Educación y adoctrinamiento en los sistemas totalitarios	14
Rasgos de los regímenes totalitarios	15
Educación y adoctrinamiento en la Alemania nazi.....	20
Análisis descriptivo.....	21
Análisis hipótesis antinomias	28
Conclusiones	31
Referencias bibliográficas.....	32

Educación y adoctrinamiento en la Alemania nazi

Education and indoctrination in Nazi Germany

- Elaborado por María Porquet Torrecillas.
- Dirigido por Agustín Malón Marco.
- Presentado para su defensa en la convocatoria de junio del año 2020.
- Número de palabras (sin incluir anexos): 12.092

Resumen

La educación ha evolucionado históricamente en paralelo a los diversos sistemas políticos, ideologías, visiones utópicas, hábitos y tradiciones de las sociedades surgidas con el paso del tiempo. Se han generado numerosos planteamientos e interpretaciones de la misma, dando lugar, según el momento histórico, a diferentes enfoques educativos –métodos, leyes, doctrinas, valores, etc.–. El adoctrinamiento es un claro ejemplo de ese abanico, un tipo de educación totalmente distinta que enraizó con fuerza en los totalitarismos que germinaron durante el siglo XX. Uno de los casos más conocidos y destacados de esta forma de aleccionar fue el de la Alemania nazi.

Por otro lado, los conceptos de educación y adoctrinamiento han propiciado grandes controversias, dudas y debates que han de ser aireados y analizados. Cualquier profesional dedicado al mundo docente debe ser consciente del poder de la herramienta educativa, del peligro que entraña cruzar los límites que llevan al adoctrinamiento. Por este motivo es necesario y oportuno estudiar las disimilitudes, para desarrollar una buena educación, acorde a los nuevos tiempos y adaptada a la sociedad. Una educación, en definitiva, radicalmente opuesta a las consignas del totalitarismo.

Palabras clave

Educación, adoctrinamiento, antinomias, totalitarismos, nazismo.

INTRODUCCIÓN

El siglo XX ha sido testigo de dos grandes guerras y de la instauración de varios sistemas totalitarios extremos en Europa. Una de las herramientas utilizadas por dichos regímenes fue el adoctrinamiento de la población más joven, puesto que el principal objetivo que perseguían los líderes era la creación de una sociedad totalmente nueva, con rasgos de utopía y basada en las ideologías que, aun cuestionadas por muchos por su carácter absolutista, ganaron adeptos y se fueron consolidando (nazismo, fascismo, franquismo, comunismo...).

Sin embargo, las guerras terminaron y con ellas los sistemas totalitarios y el adoctrinamiento, que se difuminó y dio paso a un nuevo sistema educativo sustentado por premisas esenciales como la libertad del individuo y su capacidad de raciocinio y crítica. Se rechazó del plano el sistema adoctrinador y se redefinieron los límites de la educación que huye de la “uniformidad” y apuesta decididamente por las aptitudes y la creatividad de los individuos. Esta forma de educar vino a ser un reflejo de la sociedad configurada tras las guerras, una sociedad abierta y alimentada por los valores democráticos y los propios de la pluralidad social.

No obstante, nada es permanente. Las sociedades y los sistemas políticos evolucionan, cambian, y muchas veces lo hacen de forma muy veloz. Las visiones utópicas y totalitarias pueden volver a reaparecer y cobrar fuerza. De hecho, hoy sobran ejemplos en Europa de movimientos y partidos políticos de nacionalismo extremo, independentistas, ultraderechistas... Quizás más moderados en ciertos aspectos que los de casi un siglo atrás, pero con el mismo ánimo de entronizar sus ideales y dibujar otro modelo de sociedad, uno acorde a sus tesis totalitarias.

De lo anterior nace la necesidad de estudiar a fondo los conceptos de educar y adoctrinar, las conexiones entre ambos y los aspectos que los diferencian. La educación es un concepto ligado en buena medida a la política, pero se debe evitar un exceso de *politización* para no caer en la trama del adoctrinamiento y el control absoluto de los más jóvenes, ese que no deja lugar a la iniciativa personal.

El presente trabajo revisa los conceptos de educar y adoctrinar y señala la frontera que los separa. Se planteará a su vez una hipótesis argumentada con antinomias educativas, las cuales ayudan a observar de forma más detallada las diferencias entre

ambos conceptos. Posteriormente, se realizará un análisis político de los regímenes totalitarios del siglo XX (ideologías, métodos, terminología, símbolos...), y también de cómo crecieron los tentáculos del adoctrinamiento. Finalmente, se estudiará el caso de la Alemania nazi, y se aplicará la hipótesis de las antinomias educativas para determinar las claves del proceso del adoctrinamiento de los jóvenes y ver las grandes diferencias con el concepto actual de educación.

EDUCACIÓN Y ADOCTRINAMIENTO

El término educar está íntimamente relacionado con el de adoctrinar. El diccionario de la Real Academia Española define educar como “Dirigir, encaminar, doctrinar” (2020). El concepto de doctrinar es sinónimo de adoctrinar, por lo que se establece cierta relación entre ambos. A pesar de esa correlación, es necesario analizar las diferencias existentes entre ellos con esta base de partida: “A menudo se suele acudir al término ‘adoctrinar’ cuando en la educación traspasamos ciertos límites” (Malón, 2017, p. 279). Tras ese análisis, se planteará una hipótesis relacionada con algunas antinomias educativas con el fin de observar aún mejor los contrastes entre ambos.

Coincidencias y diferencias entre ambos conceptos

La educación es un concepto con muchos recovecos. Puelles indica: “La función de educar es, por su propia naturaleza, esencialmente problemática, es decir, conflictiva, y por ello necesariamente política... Es conflictiva porque a la hora de asignar fines a la educación aparecen múltiples sujetos” (2006, p. 23). El autor añade que estos sujetos difieren entre sí debido a múltiples intereses, valores o concepciones diversas de entender la vida. A efectos de lo que interesa a este trabajo, la reflexión pone de relieve que la educación es un concepto íntimamente ligado al de la política.

De dicha afirmación se desprende que la educación no deja de ser la reproducción del momento político y social que se vive en cada momento. Vázquez y Escámez lo afirman con ejemplos muy sencillos “Cada vez que algo no funciona en la sociedad, se pretende que sea ella la que lo haga funcionar: si hay desigualdades sociales se introduce la educación compensatoria, si hay accidentes de tráfico se introduce la educación vial...” (2010, p. 8). Así pues, si la educación se entiende como un reflejo de la sociedad, la descripción de aquella nos informará de la realidad de esta.

Haciendo un breve recorrido histórico, se observa que años atrás, cuando predominaban los sistemas totalitarios, la educación acabó cruzando el límite que se comentaba al principio, por lo que el adoctrinamiento existió durante una época como reflejo de esa política, mientras que, cuando finalmente fueron derrocados, surgieron sistemas más liberales y democráticos que alumbraron un nuevo modelo educativo. Sin embargo, frente a esta nueva educación ¿Quién está al mando? ¿Con qué tipo de sociedad o sistema político se corresponde? ¿Qué pretende enseñar? Y, sobre todo, ¿qué límite debe evitar traspasar para no caer en un posible adoctrinamiento? Puelles también se cuestiona alguna de estas ideas: “¿Qué fines asignaremos a la educación en la sociedad del conocimiento, en una sociedad que tiene como uno de sus rasgos esenciales un vertiginoso ritmo del cambio?” (2006, p. 28-29). Cabe contestar con este apunte: “Sin duda, la educación en sí misma ha de estar siempre en crisis, en el sentido más prístino de cambio” (Hernández, 2010, p. 145). Las sociedades, así como sus sistemas políticos, no paran de cambiar velozmente. La educación debe sumarse a ese ritmo, adaptándose constantemente al nuevo mundo.

Entre las cuestiones lanzadas anteriormente, destaca la de quién está al mando de la educación o, tal y como expone Gutmann, “¿qué clase de personas debería intentar crear la educación humana? (2001, p. 37). Las ideas de esta autora ayudan a responder el interrogante. Gutmann realiza un estudio fundamentado en tres modelos filosóficos de estado defendidos por diferentes autores y extrae finalmente sus propias conclusiones sobre cuál sería el ideal.

Por un lado, analiza la idea del *Estado-familia* que propone Platón: “Reclama para sí la autoridad educativa exclusiva como una manera de establecer armonía” (Gutmann, 2001, p. 41). De este modo, de acuerdo con el sabio griego, todo el poder de decisión sobre la educación recae en el Estado, el cual tiene la misión de infundir en los ciudadanos “el deseo de intentar alcanzar esta buena vida por encima de todas las inferiores. Son educados para desear solo lo que puede ser bueno para ellos mismos y para la sociedad.” (Gutmann, 2001, p. 42). Esta meta de “buena vida transmitida por el Estado”, que a su vez estaba gobernado por filósofos, se presentaba como la única correcta y en la que los educandos se debían de fijar sin atender a otras, puesto que los filósofos-pensadores eran los únicos conocedores y difusores de la verdad y la justicia, según la tesis expuesta por Platón en *La república*.

Por otro, en *El estado de las familias*, “John Locke sostuvo que los padres eran los mejores protectores de los intereses futuros de sus hijos” (Gutmann, 2001, p. 48). Para Locke, los padres gozan de un derecho natural que nadie puede arrebatarles: ellos tienen el poder de decisión sobre la educación que van a recibir sus hijos, los valores, etc. Gutmann no comparte estas aseveraciones y expone que, si bien es cierto que se debe tener en cuenta la responsabilidad que los padres tienen respecto de sus hijos, hay que huir de extremos en los que queden totalmente aislados de otras formas de entender la vida, puesto que sería algo perjudicial para ellos mismos. Además, podrían darse casos de padres que no quisieran asumir esa labor o responsabilidad, o incluso que la llegasen a desempeñar de forma incorrecta, como por ejemplo enseñando valores que son considerados por la sociedad como incorrectos o deshumanizadores.

Finalmente, el modelo del *Estado de los individuos* de John Stuart Mill recoge una propuesta mucho más liberal que las anteriores, en la que se tiene en cuenta al individuo en sí mismo y sus intereses y se le da libertad. “El ideal de la autoridad educativa sería aquel que permitiera maximizar la futura elección sin predisponer a los niños con respecto a ninguna concepción de buena vida” (Gutmann, 2001, p. 53-54). Así pues, rechaza totalmente la autoridad tanto del Estado como de los padres y opina que son ellos quienes coartan la libertad del individuo. En este escenario, los niños y las niñas tendrían derecho a decidir sobre sus vidas, es decir, a optar por los modelos que ellos considerasen valiosos y sin atender a que, tal vez, el resto de la sociedad los calificase de incorrectos. Mill, en definitiva, coloca la libertad del propio individuo por encima de cualquier tipo de autoridad.

Gutmann, tras estudiar las concepciones filosóficas sobre quién debe ejercer la autoridad educativa, propugna en sus conclusiones una autoridad compartida. Esta concepción se denomina el *estado democrático de la educación*, “la autoridad educativa debe estar compartida por los padres, los ciudadanos y los docentes” (2001, p. 63). En este sentido, señala dos límites fundamentales que nunca hay que franquear. Por un lado el de *no represión*: “Este principio previene que el Estado y cualquier grupo de su interior utilicen la educación para restringir la deliberación racional entre concepciones competitivas de buena vida y buena sociedad” (2001, p. 56). Es decir, ante el pluralismo social actual, donde convergen diversas culturas, religiones, etnias, etc., se deben inculcar valores como la honestidad, la tolerancia y la comprensión y el respeto del multiculturalismo. Por otro, el límite de la *no discriminación*: “Ningún niño educable

debe ser excluido de una educación adecuada para participar en el proceso político que estructura la elección entre buenas vidas” (2001, p. 66). Todos los niños, independientemente de su etnia, cultura, etc., merecen y deben ser educados. El artículo 27 de la Constitución Española de 1978 plasma el compromiso con claridad: la educación es un derecho de todos. Ambos límites definen una estructura que deben seguir y respetar de forma conjunta el Estado, las familias, los docentes y los propios ciudadanos. Y en absoluto se puede pasar por alto, sino al contrario, el protagonismo de un concepto fundamental en cualquier ámbito (educativo, social, político...): el de la libertad. “Para la conciencia del mundo occidental, después de la terrible experiencia de los fascismos y los comunismos, la consolidación de la libertad se convirtió en un fin del Estado” (Puelles, 2006, p. 34).

Hasta el momento, la educación ideal a la luz del momento político y social actual sería la democrática, tal y como expone Gutmann; no obstante, sería preciso concretar un poco más sobre qué se pretende enseñar a los niños y niñas, qué tipo de ideas o valores. Puelles lo expone de la siguiente manera: “La educación en las sociedades democráticas tiene que transmitir una cultura política, en el sentido comúnmente aceptado de transferir conocimientos, valores y sentimientos respecto a las instituciones democráticas” (2006, p. 46). Así, los valores considerados como básicos, universales e inalienables se erigen en algo fundamental, en pieza clave. En este sentido, la Ley Orgánica 8/2013 enuncia:

Uno de los principios en los que se inspira el Sistema Educativo Español es la transmisión y puesta en práctica de valores que favorezcan la libertad personal, la responsabilidad, la ciudadanía democrática, la solidaridad, la tolerancia, la igualdad, el respeto y la justicia, así como que ayuden a superar cualquier tipo de discriminación. (LOMCE, 2013)

Analizando dicha idea, se aprecia que esos valores universales no dejan de ser también valores políticos, es decir, están relacionados con el sistema democrático, y así lo remarca la citada ley, “la preparación para el ejercicio de la ciudadanía y para la participación activa en la vida económica, social y cultural, con actitud crítica y responsable y con capacidad de adaptación a las situaciones cambiantes de la sociedad del conocimiento” (LOMCE, 2013). Valores o derechos tan conocidos como los de la libertad, la justicia, el respeto, etc., “son los valores básicos que toda persona debe

poseer para que no se manifieste en ella una deficiencia de humanidad” (Vázquez y Escámez, 2010, p. 4). Los valores *deshumanizadores* serían los considerados como disruptivos o negativos: el segregacionismo, el egoísmo, el odio, la injusticia, etc.; aquellos tan característicos de los sistemas totalitarios nombrados anteriormente. Desde esta perspectiva, la función del docente no será solo la de formar a sus alumnos en ciertos saberes académicos, sino que también “ha de desarrollar relaciones interpersonales que enriquezcan a todos con nuevos modos de interpretar la realidad; con nuevos valores y actitudes, y con calidad en los comportamientos” (Vázquez y Escámez, 2010, p. 5).

En el contexto de la transmisión de los valores al alumnado se distinguen dos dimensiones: la social y la individual.

La doble procedencia etimológica latina de la palabra educación, de una parte, *educare*, en el sentido de nutrir, alimentar, levantar (d’elever), y, de otra, *educere*, hacer aflorar poner en el mundo, conducir, ha mantenido una doble visión, una que se preocupa por las potencialidades del sujeto, desde el punto de vista de su interioridad, y otra que pone el acento en la exterioridad. (Páez, 2009, p. 87-88)

De lo anterior se desprende que la educación se basa tanto en el marco social, con la transmisión de una serie de valores culturales, conceptos e ideas propios de la sociedad en la cual se desenvolverá el sujeto en un futuro, como en el individual, puesto que a su vez se trabaja también la adquisición de actitudes, valores propios, el desarrollo de la personalidad, el ámbito emocional, etc. La educación se nutre de ambas dimensiones. El desarrollo equitativo de ambas gestará a unos individuos equipados con las herramientas facilitadas por los docentes, libres y preparados para emanciparse y desenvolverse de forma autónoma en la sociedad.

Una vez analizadas estas cuestiones, cabe indagar otras no menos importantes. ¿Qué ocurre cuando el *objetivo*, el *método*, el *contenido*, y el *resultado final* de la educación, son distintos a los planteados hasta ahora? Cuando se da ese caso, la educación deja de ser lo que es y se convierte en adoctrinamiento. Estudiando dichos aspectos se aprecian las diferencias entre ambos conceptos.

Comenzando por el *contenido*, procede detenerse con la idea de doctrina. Dicho concepto está relacionado etimológicamente con el de adoctrinar, por lo que a menudo

se piensa que para no caer en un posible adoctrinamiento es necesario eliminar todo tipo de doctrina, sin embargo, “¿será preciso evitar la transmisión de cualquier doctrina si queremos actuar correctamente como educadores?” (Ibáñez, 1981, p. 92). La respuesta sería negativa, puesto que doctrina hace alusión a la “enseñanza que se da para la instrucción de alguien” (Real Academia Española, 2020), y dicho término aparece también en la educación. Siempre transmitimos doctrinas, ya sean políticas, filosóficas, sociales, morales, etc. y “es imposible alejar toda doctrina de la educación, ya que ésta discurre por el cauce de la enseñanza” (Ibáñez, 1981, p. 92). Solo será necesario conocer las características de la doctrina que sea, ya que “*doctrinar* sería acto deplorable cuando transmitimos unas ideas falsas, engañosas, parciales, tergiversadas, etc.” (Smart, citado en Malón, 2017, p. 280). Así pues, respecto al *contenido*, el adoctrinamiento se caracteriza por transmitir una doctrina o un contenido falso, el cual no puede ser demostrado de forma racional, mientras que en la educación “el profesor está para buscar la verdad y razonar con el alumno el camino recorrido” (Ibáñez, 1981, p. 94).

¿Y qué ocurre respecto al *objetivo* principal que busca el adoctrinamiento? La persona que adoctrina tiene como principal fin el de captar *prosélitos*, “siendo originalmente el prosélito aquel infiel o sectario que era convertido a la religión católica” (Malón, 2017, p. 280). O sea, el adoctrinador busca que el individuo comparta y defienda los mismos fines o pensamientos que él, convirtiéndose así en una especie de *copia*, en un ser fabricado a imagen y semejanza de la persona adoctrinadora: “No acepta la posibilidad de pensar que su punto de vista pueda ser erróneo, cerrándose a toda discusión sobre la verdad o falsedad de la doctrina que profesa” (Malón, 2017, p. 280). En este “ambiente” crece a sus anchas el fenómeno del fanatismo, entendido como “una adhesión rígida e idolátrica que se desarrolla con pasión exagerada, desmedida, en defensa de una idea, teoría, creencia, cultura, estilo de vida, etc.” (Ibarra, 2018, p. 6). Añade el autor que esa adhesión incondicional que desarrolla el individuo está más allá de toda racionalidad, lo cual encaja perfectamente con el objetivo y la estrategia del adoctrinador.

El siguiente paso es diseccionar el *método* que caracteriza al adoctrinamiento. ¿Qué sucede cuando lo que se pretende es enseñar algo falso?, pues que el método principal será el *no racional*, es decir, “el proceso debe estar basado en estrategias emocionales y cognitivas de otro orden y no basadas en la demostración racional y verificable de una

verdad” (Malón, 2017, p. 280). En otras palabras: el adoctrinamiento no busca un individuo capaz de razonar o debatir de forma autónoma, sino que, por el contrario, busca su manipulación para evitar llegar a ese punto, de modo que, a través de estrategias y métodos basados en las emociones, la memorización, etc., consigue su propósito. Además, sus métodos no solo se llevan a cabo dentro de la escuela, o el ámbito educativo, sino que van más allá, influyendo también en el ámbito social y político. Para ello utiliza otros métodos a parte de los emocionales, como es el caso de la propaganda. “La propaganda política fue uno de los principales fenómenos dominantes en la primera mitad del siglo XX, debido a la cual se produjeron las diferentes revoluciones, o intentos de revolución, comunistas y el desarrollo y triunfo político del fascismo” (Vega, 2018, p. 426). A modo de ejemplo, prosigue el autor, procede destacar el fenómeno del nazismo, cuyo poder lo apuntaló con gran fuerza la propaganda realizada por el ministerio en manos de Goebbels.

Resta por determinar el *resultado final* que se pretende conseguir. La principal función de la persona que educa es la de servir de guía al alumno: “Educar a un niño implica inevitablemente su adaptación a una sociedad, a unos valores, a unas normas que él en definitiva no ha elegido” (Malón, 2017, p. 35). Se trata de mostrarle el mundo en el que ha nacido, cómo funciona, qué valores son los correctos y cuáles no, conocimientos políticos, filosóficos, científicos... Así mismo, se le dan las pautas para debatir, razonar, analizar el porqué de las cosas, etc., con el objetivo de que, finalmente, acabe emancipándose, soltando la mano de su educador. “Hay que aceptar que el otro se nos rebele, que se nos oponga y que no comparta aquello que nosotros consideramos valioso” (Malón, 2017, p. 36). En el término del proceso, el niño acaba asumiendo sus propios valores y su propia manera de entender la vida. Por el contrario, el resultado final que se obtiene con un agente adoctrinador es totalmente distinto: el individuo no acaba por emanciparse, sino que sigue bajo el fanatismo orientado hacia esa persona, defiende los ideales que se le han impuesto y, así, se desvanece cualquier intento de racionalidad. En definitiva:

Seres que obran “bien” porque no pueden no hacerlo ni tampoco pueden entender ni cuestionar qué hacen y por qué lo hacen. El que adoctrina no tiene miramientos en manipular al otro y coartar su iniciativa crítica y originalidad, su capacidad de reflexión y descubrimiento. (Malón, 2017, p. 281)

También resulta interesante la cuestión del grado o “intensidad” del adoctrinamiento, ya que “*toda educación contiene cierta dosis de adoctrinamiento*” (Malón, 2017, p. 281). Esta afirmación parte de la idea de que existen diferentes grados, y que cuando analizamos el término se evocan los casos más extremos de los totalitarismos del pasado reciente. Sin embargo, el adoctrinamiento, aunque en dosis muy bajas, se manifiesta aún hoy en día, como cuando utilizamos más estrategias emocionales que racionales con los niños más pequeños. No obstante, “hacerlo en ciertas situaciones puede ser más aceptable que hacerlo en otras; hacerlo con niños en ciertas edades es más aceptable que en otras” (Malón, 2017, p. 281). No se puede hablar de adoctrinamiento *puro* ejercido en etapas como la de Educación Infantil solo porque predominen estrategias emocionales, puesto que para hablar de un adoctrinamiento como tal es preciso analizar el trasfondo, qué intenciones hay detrás, objetivos, doctrinas que se transmiten, etc. Solo el cúmulo de todo ello calibrará la intensidad del adoctrinamiento.

Así pues, la línea que separa ambos conceptos es muy fina. Si hablamos de dosis bajas, todo educador acaba traspasando el límite de alguna manera, pero de forma inconsciente y sin darse cuenta. Quien quiera evitar cualquier peligro procedente del adoctrinamiento intelectual extremo en sus aulas, debe armarse con unas premisas muy claras. Por un lado, el profesional tiene que ser consciente de que uno de los fines que distingue la educación del adoctrinamiento es el del desarrollo de la capacidad crítica y reflexiva del alumnado, la que le ayuda a alcanzar la plena autonomía, “procurando de modo positivo que nadie se sienta coartado para exponer razonadamente lo que piensa” (Ibáñez, 1981, p. 95). Por otro, será fundamental la demostración racional, lógica o científica de aquello que se enseña, es decir, no bastan con la mera transmisión de conocimientos y el método memorístico o repetitivo. Los alumnos deben saber el porqué, el cómo, el cuándo, reflexionar, debatir, ver el recorrido realizado hasta llegar a las afirmaciones que se les están enseñando, y extraer sus propias conclusiones.

Ibáñez apunta: “Preocupación por enseñar el camino intelectual que se ha recorrido” (1981, p. 95). El educador o educadora está obligado a ser un reflejo de lo que intenta transmitir, y propiciar debates o reflexiones sobre los valores que se consideran universales y buenos, y también sobre los planteamientos “nocivos”, de modo que, “el profesor debe esforzarse por desarrollar en sí mismo y en sus alumnos las bases morales que favorecen un juicio acertado” (Ibáñez, 1981, p. 96), y abanderar el respeto a las distintas formas de pensar que confluyen en la sociedad.

Tras esta exposición de las coincidencias y diferencias entre ambos conceptos, se puede concluir que, a pesar de la cierta correlación existente entre educar y adoctrinar, las diferencias pesan más que las semejanzas. El *objetivo*, el *método*, el *contenido*, y el *resultado final* son algunos de los aspectos que cuando aparecen de forma conjunta, nos permiten hablar de un posible adoctrinamiento opuesto a la educación.

Antinomias educativas

Las antinomias educativas son una herramienta muy útil para avanzar en el análisis de educar y adoctrinar, pero, para ello, es necesario saber en qué consisten, cuáles son las más relevantes, por qué se dan y qué papel juegan en el presente trabajo. Las antinomias se definen como una “contradicción entre dos cosas tales como dos leyes o dos principios” (Moliner, citado en Malón, 2017, p. 14), es decir, son una especie de paradoja. Engloban dos conceptos cuyos significados son contrarios pero presentan cierta relación que las empareja. Siguiendo esta definición, los conceptos de educar y adoctrinar serían un claro ejemplo: polos opuestos que guardan cierta dependencia, “la educación es adoctrinamiento e imposición, pero también, al menos en el sentido moderno del término, liberación y emancipación” (Malón, 2017, p. 17). Esta antinomia aparece a lo largo del presente trabajo, en el que se analizan las diferencias y semejanzas de dos extremos para tener una idea clara de cuál es el límite que no se debe sobrepasar para caer en el adoctrinamiento en grado extremo. Disponemos de más antinomias conectadas de algún modo con el mundo de la educación, como *naturaleza y cultura*, *individuo y sociedad*, *conservación y transformación*, y *presente y futuro*. Todas comprenden ideas referidas al tema tratado en el presente trabajo y son una excelente guía para seguir ahondando en la antinomia principal: educación y adoctrinamiento o, *emancipación y adoctrinamiento*.

La antinomia de *naturaleza y cultura* encierra una idea esencial, plantea la cuestión de si realmente somos producto de la educación que recibimos desde que nacemos hasta llegada cierta edad, o si, por el contrario, somos resultado de nuestra propia naturaleza:

¿Tiene realmente poder la educación en configurar el carácter de las personas, sus gustos, capacidades, inteligencia y aptitudes? ¿O, en realidad, cada uno nace con un cierto temperamento, un estilo de personalidad, unas inclinaciones y capacidades apenas moldeables por la educación? (Malón, 2017, p. 15)

En la antinomia *individuo y sociedad*, salta la pregunta de si la educación debe basarse en los intereses individuales del sujeto sin pensar en el bien común, o si, desde la perspectiva opuesta, la educación debe adaptar el individuo a la sociedad sin tener en cuenta sus intereses, su originalidad, etc. “¿Debe, por otro lado, la educación servir a los intereses del individuo o más bien a los de la sociedad?” (Malón, 2017, p. 15-16).

En cuanto a la antinomia *conservación y transformación*, apetece destacar esta paradójica disyuntiva: ¿los individuos reciben una educación para cambiar el mundo que los rodea o para conservarlo, mantenerlo y reproducirlo?:

Con ella nos referimos básicamente a si la educación de las nuevas generaciones debe estar orientada a la *conservación* de un mundo, unas ideas, lengua, tradiciones, estructuras sociales, saberes, etc. o si, por el contrario, su papel es el de transformar el mundo para hacerlo mejor. (Malón, 2017, p. 16)

Finalmente, en la pareja *presente y futuro* surge la cuestión de si es necesario sacrificar el presente del niño o niña solo por conseguir unos intereses futuros comunes, o la educación debe centrarse en cuidar y velar tanto por su presente como por su futuro. “¿Debe ser el niño concebido y tratado como sujeto presente o como promesa futura?” (Malón, 2017, p. 17).

Las antinomias despiertan cuestiones bastante interesantes. El objetivo principal que se plantea con la hipótesis de estas “contradicciones” es el siguiente: apreciar que desde el punto de vista de la educación se aboga siempre por la búsqueda de un equilibrio entre los polos, de forma que se consigue una equidad, mientras que desde el enfoque del adoctrinamiento un extremo desbanca completamente al otro. Para la defensa y demostración de esta hipótesis servirán las antinomias, y se expondrá como ejemplo el caso de la Alemania nazi. Para entrar en materia, en primer lugar procede resumir el recorrido histórico alemán.

EDUCACIÓN Y ADOCTRINAMIENTO EN LOS SISTEMAS TOTALITARIOS

Tal y como se ha expuesto, la educación se estructura como un reflejo de la sociedad y es necesariamente política. O sea que reproduce y acomoda esos ámbitos en las aulas. Se conoce bien qué tipo de educación se desarrolla hoy en una sociedad liberal regida por sistemas políticos democráticos; sin embargo, ¿qué tipo de educación se llevó a cabo durante el siglo XX bajo el mandato de los sistemas denominados totalitarios? En

esos regímenes predominó el adoctrinamiento sobre la educación. A continuación, se analizan varios aspectos característicos de estos sistemas políticos y movimientos sociales para ver su relación y vinculación con el mundo de la educación y cómo se llegó al adoctrinamiento (se cruzó el límite). Por último, el trabajo pormenorizará un caso histórico, concretamente el de la Alemania nazi, con la ayuda de la herramienta de las antinomias educativas, y sostener así la hipótesis planteada.

Rasgos de los regímenes totalitarios

Para conocer el funcionamiento educativo de estos regímenes, primero será necesario describir el totalitarismo. Se puede tomar como ejemplo el caso de la Alemania nazi, y también el de la Unión Soviética en manos de Stalin, puesto que, tal y como expone Arendt, “hasta ahora conocemos solamente dos formas auténticas de dominación totalitaria: la dictadura del nacionalsocialismo a partir de 1938 y la dictadura del bolchevismo a partir de 1930” (1998, p. 337). Este tipo de régimen se caracteriza por varios aspectos fundamentales. Por un lado, “existe un fuerte apego del líder con la masa de ciudadanos” (Korstanje, 2013, p. 8). Stalin y Hitler se convirtieron en figuras tan relevantes para la mayoría de sus ciudadanos que se instauró el culto a la personalidad, es decir, las masas se impregnaron de una adoración y admiración excesiva hacia sus líderes. Por otro, era muy común “el desprecio por la vida humana o infra-valorización de grupos minoritarios” (Korstanje, 2013, p. 8). En los ejemplos citados, ambos líderes defendían el antisemitismo, o sea, mostraban hostilidad hacia los judíos, a los que veían como seres inferiores. Además de esos rasgos básicos:

Ha de contar con muy poca o ninguna libertad; el estado será omnipotente; gobernado por un solo partido e ideología y por un caudillo cívico-militar, líder o grupo reducido apoyado en un movimiento de masas que sobre la sociedad ejercerá control económico, de sociedades profesionales y obreras, apoyado en la represión policial pública, privada y secreta. (Fornés, 2009, p. 98)

Así pues, en ambos regímenes se coartaba todo tipo de libertad. Tanto Stalin como Hitler se empecinaron en el adoctrinamiento de las masas. Por medio de la educación y también de la propaganda, cuyo fin era el de transmitir sus ideologías a sus ciudadanos para conseguir así la prosperidad de los regímenes.

El problema es fabricar algo que no existe, es decir, un tipo de especie humana que se parezca a otras especies animales, cuya única “libertad” consistiría en “preservar la especie”. La dominación trata de lograr este objetivo tanto a través del adoctrinamiento ideológico de las formaciones de élite como a través del terror. (Arendt, 1998, p. 351)

A lo anterior hay que sumar la importancia del papel del Estado: “El totalitarismo en el poder utiliza la administración del Estado para su fin de conquista mundial” (Arendt, 1998, p. 317). El Estado ejerce una dominación total, utilizando el control de diversos organismos, como la policía, cuerpo que ayudaba a salvaguardar el régimen realizando un control extremo de la población. Se perseguía y encarcelaba tanto a los opositores del régimen, como a los judíos, los intelectuales, etc. Además, Hitler y Stalin crearon campos de concentración; en el caso de la Unión Soviética denominados gulags, donde recalaba toda la población *despreciada*. “Los campos de concentración y exterminio de los regímenes totalitarios sirven como laboratorios en los que se pone a prueba la creencia fundamental del totalitarismo de que todo es posible” (Arendt, 1998, p. 351). En cuanto al resto de la población, se la sometía constantemente al adoctrinamiento y al método propagandístico para conseguir difundir los principios básicos ideológicos. Y resta subrayar la fuerza del terror como otra herramienta más que ayuda a mantener el poder: “La propaganda es, desde luego, parte inevitable de la «guerra psicológica», pero el terror lo es más” (Arendt, 1998, p. 339).

Sánchez comenta que esa educación que caracteriza a los regímenes totalitarios se denomina *totalitarismo pedagógico*: “Se trata realmente del germen doctrinal o formal... de un totalitarismo en que el Estado invade la vida de los sujetos que componen el cuerpo político de la sociedad, incluso hasta “pertenerle”, por medio del sistema educativo” (2019, p. 74). Este término se compone de otros tres enlazados. Por un lado, el *antiintelectualismo*, “corriente pedagógica que sitúa lo intelectual o académico bajo sospecha” (Sánchez, 2019, p. 75); es decir, se trata de subordinar lo intelectual frente a lo ideológico o afectivo, métodos y contenidos característicos de los totalitarismos. Allí germina la persecución de intelectuales opositores a los regímenes. Por otro, el *igualitarismo* o “tendencia a privilegiar una igualdad final (como resultado) por encima de una igualdad inicial” (Sánchez, 2019, p. 75). Dicho de otro modo, se otorga toda la importancia al resultado social y político que se pretende obtener en un futuro a través de la educación, sin tener en cuenta apenas una igualdad de oportunidades en el presente como punto de partida. Por último, llama la atención la

efebolatría, definida por Sánchez como la “utilización retórica de la juventud” (2019, p. 75). La juventud entendida como herramienta esencial para construir el futuro que los líderes pretenden.

El autoritarismo es otro concepto vinculado muchas veces al totalitarismo, si bien presentan alguna diferencia. Se trata de un “sistema impositivo de una ideología, política, cultura o creencias que impide la existencia de una sociedad democrática, de libertades y derechos fundamentales” (Ibarra, 2018, p. 22), por lo que en buena medida comparte los caminos del totalitarismo. Además, también ejerce el poder del adoctrinamiento de las clases más jóvenes: “Sobreviene la expropiación de los hijos para una ‘correcta’ formación dentro de los claustros del estado.” (Korstanje, 2013, p. 7). De nuevo se manifiestan la imposición del temor y la transmisión de la ideología defendida por el régimen: “Existe en los discursos un fuerte tono nacionalista que intenta crear una idea de pueblo elegido” (Korstanje, 2013, p. 7). Sin embargo, la principal diferencia entre ambos es que “a diferencia de los Estados autoritarios, los totalitarios tienen control completo de la vida de sus ciudadanos y el espacio público” (Korstanje, 2013, p. 8); es decir, existen diferentes grados de intensidad, de modo que el autoritarismo estaría en niveles inferiores de control. Muchas veces los autoritarismos acaban en totalitarismos, cuando aumenta la intensidad de control de la población.

Al hilo de los totalitarismos desarrollados por Hitler y Stalin, cabe citar el sistema político implantado por aquella época en España: la dictadura de Francisco Franco. El diccionario de la RAE dice: “La dictadura es un régimen político que, por la fuerza o violencia, concentra todo el poder en una persona o en un grupo u organización y reprime los derechos humanos y las libertades individuales” (2020). En nuestro país, tras una guerra civil, el poder cayó en manos de Franco, a quien apoyó el partido de la Falange Española. “El franquismo se legitimó a la fuerza, imponiendo un férreo control para perpetuarse en el poder, utilizando el aparato escolar para sustentar la legitimidad del régimen” (González, 2018, p. 86). En este escenario, la educación también desempeñó un papel importante, de nuevo herramienta fundamental para conseguir que la dictadura franquista se mantuviese en el poder. Así, los valores transmitidos eran muy tradicionales y “nacionales”. Además, se estudiaban unos ideales religiosos concretos debido a que la dictadura de Franco consiguió el poder en gran parte gracias al apoyo de la Iglesia. Este entendimiento propició la idea del nacionalcatolicismo, “cuyas

connotaciones ideológicas y religiosas propagó entre la población a través de su red de propaganda y especialmente de la educación” (González, 2018, p. 86).

Los valores nacionales transmitidos iban acompañados de “un conjunto de prácticas rituales impuestas por el régimen (saludos a los símbolos, rezos, cánticos...)” (Benso, 2003, p. 339), las cuales, por su constante repetición, adquirieron la categoría de rutinas básicas. Además, a esta época escolar la caracterizó el sistema memorístico, sin dejar hueco a otras metodologías más atractivas e innovadoras: “Se recurrió, como tradicionalmente se venía haciendo, al aprendizaje mecánico de las normas memorizando el escueto contenido del manual” (Benso, 2003, p. 341). En paralelo, al igual que en sistemas ya nombrados como el de la Alemania nazi y la Unión Soviética de Stalin, en la España franquista también era habitual la persecución de intelectuales y docentes del bando republicano.

Para terminar con los sistemas totalitarios del siglo XX, falta recoger el caso de Italia, donde se instauró un movimiento denominado fascismo.

Dicho término hace alusión a la “ideología y sistema político creado por Mussolini, cuyo término proviene del italiano *fascio* (‘haz, fasces’). Su objeto es instaurar un corporativismo estatal totalitario, anulando libertades y derechos fundamentales, aplicando un nacionalismo fuertemente identitario de componentes revanchistas y violentas contra aquellos que el Estado defina como enemigos. (Ibarra, 2018, p. 22)

En Italia también surgió tras la Segunda Guerra Mundial una ideología basada en el fuerte sentimiento nacionalista, el gran poder del Estado, y en la figura de un líder máximo, Mussolini. En cuanto al sistema educativo, estaba marcado por el adoctrinamiento de las masas jóvenes y el *antiintelectualismo* –uno de los tres componentes del totalitarismo pedagógico ya comentado–: “Toda la escuela educa a la juventud italiana para comprender el Fascismo, para renovarse en el Fascismo y para vivir el clima histórico creado por la revolución fascista (Sánchez, 2019, p. 91). La única preocupación del *duce* era transmitir su ideología a todos los ciudadanos para dar prosperidad a su régimen, al igual que sucedía en Alemania y la URSS. Además, también tuvo un papel importante la Iglesia, como en España: “La limitación histórica de su poder doctrinal en la educación en virtud de la firma del Pacto de Letrán con el Vaticano, en febrero de 1929, por el cual se debía enseñar en las escuelas el catolicismo” (Sánchez, 2019, p. 91).

Estos casos históricos de la Alemania nazi, la Unión Soviética bajo el mando de Stalin, el fascismo de Mussolini o la España franquista, son claros ejemplos de regímenes donde la educación perdió su naturaleza y se transformó en adoctrinamiento: métodos emocionales, memorísticos, *antiintelectualismo* y el sujeto que, en la cuenta final, no es un ser libre y emancipado, sino un ser que lucha por la prosperidad de esas ideologías impuestas bajo dichos líderes.

Para finalizar el análisis político, conviene hablar del concepto de utopía, que hace alusión a una especie de proyecto o plan para satisfacer “la necesidad de ofrecer un modelo alternativo de sociedad” (Suzzarini, 2010a, p. 172), como consecuencia de la existencia de un clima político y social nefasto que llama a la instauración de un cambio, por lo que no deja de ser una especie de crítica al sistema que impera en ese momento. Por ejemplo, en el caso de la utopía diseñada por Platón en su obra *La República*, se ve claramente que “es una crítica de la sociedad de su tiempo, la Grecia donde había nacido” (Suzzarini, 2010b, p. 151). Atravesaban una profunda crisis y quiso dar una solución de cambio.

Otra característica de la utopía es que “debe recaer en una persona o grupo social especialmente preparado” (Suzzarini, 2010a, p. 172). Siguiendo el ejemplo de Platón, los individuos que iban a estar al mando de ese nuevo sistema político y social serían los filósofos, puesto que, al menos para él, eran los únicos sabios conocedores de la verdad. También entraña el concepto de que “la sociedad sería una colectividad de trabajadores” (Suzzarini, 2010a, p. 173). Para Platón, cada ciudadano nacía con una especialidad y se dedicaba a aquello para lo que mejor estaba preparado, por lo que había una clara distinción de clases, pero compartiendo todos los preceptos de colectividad y bien común. Además, se constata la importancia que se da a la educación, entendida como una herramienta valiosa para transmitir a la ciudadanía los nuevos y perfectos ideales. Una vez más, se vislumbra la faceta propagandística.

Tiene la función de persuadir a los ciudadanos de que la organización y gobierno de su sociedad son los mejores posibles y de que cada uno de ellos se encuentra obligado al respeto de las leyes y a la preservación del sistema. (Suzzarini, 2010a, p. 172)

La utopía se asocia a la idea de un proyecto imaginativo, irrealizable; sin embargo, Suzzarini postula lo contrario: “Hemos afirmado que la acusación de irrealizable no es lógicamente sostenible, y que respecto a su aplicabilidad práctica, si bien podemos

afirmar que algunas de ellas no se han realizado, o después de una existencia eventual han desaparecido” (2010b, p. 146). Por lo tanto, ¿qué proyectos utópicos han llegado a existir de verdad? “No podemos negar que precisamente en el todavía reciente siglo veinte pudimos asistir a la realización de proyectos políticos atroces que en su momento fueron considerados irracionales y como tales irrealizables” (Suzzarini, 2010b, p. 151). El autor viene a decir que en esa época fructificaron varios regímenes (Hitler, Stalin, Mussolini...) cuyas ideologías en un principio se consideraron irrealizables, imposibles, ilógicas, y que, no obstante, durante un periodo de tiempo concreto, consiguieron ocupar el poder y cambiar la vida de hombres y mujeres.

¿Qué ocurrió después? Estos nuevos sistemas surgieron con mucha fuerza, con un fuerte carácter utópico, pero no perduraron mucho en el tiempo: “La experiencia y el sentido común estaban perfectamente justificados al esperar que el totalitarismo en el poder perdería gradualmente su empuje revolucionario y su carácter utópico” (Arendt, 1998, p. 317). Esos ideales que defendían e imponían a los ciudadanos con métodos como la propaganda, el adoctrinamiento o el terror, no eran entendidos por la totalidad de la ciudadanía como lo mejor, lo correcto, o lo perfecto. Por ello perduraron un tiempo determinado hasta que, finalmente, tal y como lo denomina Arendt, la *utopía totalitaria* desapareció.

Educación y adoctrinamiento en la Alemania nazi

La Alemania nazi es un ejemplo paradigmático de adoctrinamiento de las masas –concretamente de las más jóvenes–. En este apartado se perfilarán los rasgos más característicos de la ideología liderada por Hitler, así como el funcionamiento y la enseñanza de las escuelas, o la organización de las famosas Juventudes Hitlerianas. Posteriormente, se aplicará la hipótesis de las antinomias educativas ya nombradas, con el objetivo de observar los distintos recorridos que siguen tanto el concepto de adoctrinar como el de educar.

Análisis descriptivo

Alemania tiene una fecha grabada a fuego en su historia: “El 30 de enero de 1933 Hitler fue canciller del Reich, porque Hindenburg así lo quiso” (Casanova, 2011, p. 107). En ese momento, una nueva ideología llega al poder, liderada no solo por el *führer*, sino también por el partido político que le respaldaba, “el NSDAP era una

organización nacionalista/racista, que abogaba por la revisión del Tratado de Versalles y la unificación de todos los grupos étnicos alemanes en un único Reich, del que excluiría a los judíos” (Casanova, 2011, p. 100-101). Defendían una ideología basada en varios aspectos fundamentales; entre ellos destacan el antisemitismo y el imperialismo, cuyo único fin era el de transmitir esa “utopía visionaria” (Kershaw, 2003, p. 121) de creación de una Alemania mejor y líder del mundo. La ideología que propugnaban era la del nazismo:

Se conoce aquella ideología totalitaria de tipo fascista, articulada en torno a presupuestos ideológicos racistas, antisemitas, ultranacionalistas e imperialistas, que plantea el exterminio de lo que considera “vidas sin valor” y la sumisión a la “raza aria” llamada a gobernar el mundo, conquistando, en su caso eliminando, los pueblos que se consideren inferiores. (Ibarra, 2008, p. 23)

Resulta evidente el claro desprecio a las razas consideradas inferiores en su ideario, y en particular a los judíos. Siguiendo la cita, Ibarra señala que el genocidio iba dirigido también a otro tipo de individuos, como los gitanos, los homosexuales, los discapacitados, los opositores al régimen, etc. Todo ello fue posible por la gran importancia y protagonismo que dieron al Estado, el cual organizaba toda la vida social, política, económica, educativa, etc.

El antisemitismo, entendido como “la hostilidad hacia las personas judías basada en una combinación de prejuicios de tipo religioso, racial, cultural y étnico” (Ibarra, 2008, p. 16), era divulgado constantemente en los discursos de Hitler y transmitido a su vez por medio de sistemas propagandísticos y el adoctrinamiento juvenil. Su visión era la de una Alemania formada exclusivamente por la raza aria, por lo que el resto de razas debían de desaparecer: “El objetivo de crear una ‘comunidad nacional’ homogénea se basaba en la exclusión de varios grupos ‘contaminados’ social o racialmente” (Kershaw, 2003, p. 123).

La nueva ideología cobra mayor fuerza con la figura y el poder del líder: “En la mayoría de los sistemas políticos modernos, la ‘dominación carismática’ se basa en la percepción que tiene un ‘séquito’ de creyentes del heroísmo, la grandeza, y la ‘misión’ de un líder aclamado” (Kershaw, 2003, p. 27). Ello explicaría que Hitler se convirtiera en un ícono, en un héroe dotado de una extraordinaria habilidad para mover a las masas.

Además del culto a la personalidad, ¿cómo logró Hitler movilizar a las masas? Sus herramientas más poderosas eran el sistema propagandístico, el adoctrinamiento juvenil, y el terror infundido en la vida social: “Las descripciones del período en que gobernó Hitler se centraron en exceso sobre el terror extremo y la represión como sus características principales” (Kershaw, 2003, p. 81).

La figura principal del ámbito propagandístico es la de Joshep Goebbels, encargado de tal tarea desde 1929: “Una de las primeras medidas que se tomaron después de las elecciones del 5 de marzo de 1933 fue la creación... de un Ministerio de Ilustración del Pueblo y Propaganda bajo la dirección de Joseph Goebbels” (Kershaw, 2003, p. 116-117). La principal función de dicho Ministerio era la de difundir las ideas del nazismo a toda la población, ya fuese a través de los periódicos, la radio, el cine, etc. y “la literatura, la música, las artes plásticas, fueron todos llamados al orden para no dejar ni un solo cauce publico de expresión fuera de control” (Kershaw, 2003, p. 117). Los mensajes antisemitas, contra el imperialismo, etc. calaban en la sociedad, sobre todo entre la gente joven, y los descontentos con el antiguo régimen político y social deseosos de un cambio:

La imagen que describía la propaganda nazi era la del poder y la fuerza, el dinamismo y la juventud, la de una inexorable marcha hacia el triunfo, la de un futuro que había de ganarse por la creencia en el Führer. (Kershaw, 2003, p. 73)

Con los medios de comunicación totalmente controlados y los continuos discursos del führer a los ciudadanos, los ideales no paraban de divulgarse y se transmitían velozmente entre la sociedad: “Como los movimientos totalitarios existen en un mundo que en sí mismo no es totalitario, se ven forzados a recurrir a lo que comúnmente consideramos como propaganda” (Sánchez, 2019, p. 280).

Este sistema propagandístico también alcanzó a los más adolescentes, y de ello se encargó Julius Streicher, otra figura esencial en este ámbito junto a Goebbels. Sus escritos –la mayoría de ellos destinados a la difusión del antisemitismo– eran leídos por este sector de la población: “Maestro y editor del diario *Der Stürmer*, consumido principalmente por estudiantes y que alcanzó una tirada de medio millón de ejemplares, fue clave” (Sánchez, 2019, p. 99).

El adoctrinamiento juvenil lo sustentaron la escuela y la famosa organización de las Juventudes Hitlerianas: “La Juventud, el Futuro, pasan de ser entidades metafísicas a convertirse en constructos estatales sobre los que edificar el Imperio racial alemán” (Sánchez, 2019, p. 100). Para la difusión e implantación del nazismo, eran necesarios los jóvenes, vistos siempre con idea de futuro, puesto que ellos iban a ser los herederos del régimen que estaba surgiendo, quienes debían luchar por esa ideología, por el führer, de ahí la importancia que dieron al adoctrinamiento. Consideraron primordial expandir la visión utópica de la forma más rápida y efectiva posible.

La escuela estaba imbuida por el *totalitarismo pedagógico* tan característico de estos sistemas totalitarios y *antiintelectualismo* que lleva asociado, el cual convierte en factor principal la enseñanza de lo ideológico por encima de cualquier otra doctrina: “Principalmente, el corpus doctrinal de la pedagogía nacionalsocialista gira en torno al antiintelectualismo. Se trata de una educación que relega lo académico a un segundo plano.” (Sánchez, 2019, p. 92). La formación del sujeto por medio del adoctrinamiento será esencial:

Las necesidades de ese nuevo Estado exigen una educación que no puede ser objetiva, intelectual, sino moral, ideológica, ‘fanática’, por tratarse de una educación masiva, no elitista. El Estado totalitario forma al sujeto que integrará su base pletórica en su integridad más radical: su carácter, su ‘voluntad’, su cuerpo y, en último término, su mente. (Sánchez, 2019, p. 93)

De este modo, la principal enseñanza que se proporcionará en las escuelas será la basada en la ideología nazi. Y no solo se predicará dicha doctrina, sino que, además, las aulas rebosarán de símbolos, y se entonarán cánticos, y cualquier otra acción que distinga al régimen nazi: “En cada aula de cada escuela colgaba el retrato oficial de Adolf Hitler” (Lacosta, 2008, p. 65).

Respecto a las asignaturas o materias enseñadas, sobresale la importancia que se daba a la educación física, la preparación del cuerpo: “Las horas de gimnasia pasaron a ser dos diarias cuando antes del nazismo eran dos semanales” (Lacosta, 2008, p. 65). Así pues, al componente ideológico se le añade el valor del desarrollo físico. Otra materia especial era la de Historia, si bien la historia que contaban no era la misma que la que se enseñaba en otras escuelas del mundo. El contenido era tergiversado o adaptado a los ideales del partido: “Los alumnos hacían redacciones sobre la lucha del

NSDAP por el poder en 1918-1933, el asesinato del SA Hörst Wessel por los comunistas, la liberación de Alemania llevada a cabo por Hitler del judaísmo y de la bolchevización” (Lacosta, 2008, p. 65). Como resultado, los jóvenes veían a Hitler como un héroe, un buen líder que luchaba por la salvación de su pueblo, alguien a quien idolatrar y seguir, un guía hacia un futuro idílico. La “educación” generaba *fanáticos* capaces de todo por el futuro del Tercer Reich. En cuanto a la enseñanza religiosa, fue abolida. Hitler no permitió que ninguna otra doctrina se cruzase en su sistema de adoctrinamiento nazi: “En 1939 desparece de la enseñanza religiosa en los programas de estudios y se prohíben los símbolos religiosos en las escuelas” (Sánchez, 2019, p. 99).

Cada clase impartida estaba basada en ideales antisemitas: “Dentro de este peligroso surrealismo, también se enseñaba a los niños a reconocer a un judío por sus características raciales” (Lacosta, 2008, p. 65-66). El mensaje calaba con libros, cuentos e historias adornadas con toques de fantasía o surrealismo, de modo que los niños las escuchaban y las interiorizaban, y hacían suyos de forma directa o indirecta los ideales antisemitas: “El componente ideológico inoculado en el sistema educativo nazi tiene su eje central en el antijudaísmo, que estaba incorporado a los programas de estudios y que aparecía en los libros de texto escolares por medio de ejemplares, caricaturas, lemas, etc.” (Sánchez, 2019, p. 102). Un claro ejemplo sería “*Der Giftpilz*” –El hongo venenoso–, un famoso libro publicado por Julius Streicher en 1938 y escrito por Ernst Hiemer, con una gran carga propagandística antisemita, en el que se enseña a los niños lo perjudiciales que pueden llegar a ser los judíos, sus características físicas para diferenciarlos y cómo engañan a la sociedad, entre otras cosas: “¿Y tú sabes quiénes son esas malas personas, esos hongos venenosos de la humanidad?” La madre continuaba. Franz golpea su pecho con orgullo: “Por supuesto que lo sé, madre! ¡Son los judíos! ¡Nuestro maestro nos ha contado de ellos!” (Hiemer, 1938, p. 4).

El objetivo del cuento infantil se resume en despertar la curiosidad de los más pequeños y captar su atención. El lenguaje es sencillo, simple, fácil de adquirir, de recordar y memorizar: “La nariz judía está torcida en su punta. Parece el número seis” (Hiemer, 193, p. 9). Al texto lo acompañan un sinfín de imágenes, caricaturas de personas judías, que exageran el aspecto físico con tono burlesco, y a la vez aparecen dibujos de la raza aria alemana, adultos y niños caracterizados por tener el pelo rubio, ojos azules, ser altos, esbeltos, etc.

Esta idea del antisemitismo, aparece reflejada a través de una asignatura o materia, el “cientifismo biologicista” –Biología–: “Un elemento clave en la educación nacionalsocialista que también se gestó mucho antes y que ofrece un paisaje intelectual indispensable para comprender la aceptación del nazismo es la exitosa presencia del cientifismo biologicista” (Sánchez, 2019, p. 98). El autor indica que los estudios raciales se imparten en las aulas de forma transversal, con el fin de justificar el antisemitismo.

No solo el antisemitismo inundaba las aulas, sino que también proliferaba la educación sexista. El nazismo también se caracterizaba por la creación de una sociedad machista. El sistema educativo incluía, tras el paso por la escuela, la formación profesional, con el fin de que los jóvenes se especializaran en diferentes sectores. En el caso de las mujeres, con pocas posibilidades de elección:

La formación profesional inicial y especializada en economía doméstica persigue, en palabras de Hitler, «la preparación inequívoca de la mujer para ser madre». De este modo, el punto central de la educación de la mujer consiste en prepararla para ser madre y ama de casa. (Melis, 1995, p. 479)

¿Y el cuerpo de docentes encargados de transmitir esta ideología a sus alumnos? El partido nazi creó una organización para formar a estos profesionales:

La tarea de formación de los formadores de esa juventud a la cual pertenecía el futuro se encomendó a un organismo fundado en 1929: la Liga de Profesores Nacionalsocialistas, que, además del adoctrinamiento de los jóvenes destinados a ser los profesores de la nueva escuela nacional y socialista, se encargaba de la supervisión de los textos dirigidos a la juventud alemana. (Sánchez, 2019, p. 98)

Muchos de ellos vivían atemorizados. A los que iban contra el régimen nazi se les perseguía, y nadie podía transmitir otros ideales que los “oficiales” por mucho que se discrepanse de ellos: “El profesorado alemán, purgado de judíos e intelectuales sospechosos, vivía aterrado, atenazado por un miedo kafkiano a ser denunciado por sus propios alumnos, esos pequeños monstruos” (Lacosta, 200, p. 66).

Como consecuencia al adoctrinamiento nazi, se registraron unos resultados bastante interesantes de estudiar. Por ejemplo, el nivel educativo desarrollado durante esos años descendió en comparación a otros: “Los alumnos del nazismo fracasaban totalmente en

matemáticas y ciencias, asignaturas en las que no cabe la memorización de consignas, sino el raciocinio y la abstracción” (Lacosta, 2008, p. 66). Todo ello responde al *antiintelectualismo* lo ideológico se superpone a lo racional, y en consecuencia, los niños y niñas no saben analizar y resolver un simple problema, solo repetir y memorizar fragmentos, ideales, etc. Esta es la razón de que el nivel educativo cayera en picado durante los años de la Alemania nazi.

El adoctrinamiento contó con la “fuerza” de una organización específica denominada Juventudes de Hitler o *HitlerJugend*: “Fueron el instrumento del Partido nacional Socialista de los Trabajadores Alemán... para infiltrar a los niños, a los adolescentes, en el totalitarismo” (Lacosta, 2008, p. 56). Su estructura y sus funciones cambiaban y se actualizaban constantemente. De una forma u otra, todos los niños y jóvenes estaban controlados:

Las HJ renovaron su estructura con la admisión de niños desde los 6 años de edad, aunque no se les encomendaban tareas: sólo vestían el uniformito y levantaban el bracito para saludar con el *Heil Hitler!* A los 10 años ingresaban en las *Jungvolk* y a los 14 en las HJ propiamente dichas. (Lacosta, 2008, p. 63)

Las organizaciones existentes antes del triunfo de Hitler acabaron abolidas o disueltas. De esta forma se facilitaba el camino hacia la HJ: “Los locales de las organizaciones juveniles socialistas, comunistas y judías fueron arrasados por las HJ” (Lacosta, 2008, p. 63). Los jóvenes eran utilizados para difundir y transmitir entre la sociedad los ideales nazis, se realizaban numerosos desfiles –muchos de ellos con la presencia del mismo Hitler–, cánticos, saludos, etc. Los ciudadanos alemanes se sobrecogían cuando veían a los más pequeños uniformados y cantando: “El público quedaba encantado cuando llegaba el momento en que las voces adolescentes entonaban las viejas y nuevas canciones sobre la naturaleza, la patria, la vieja y la nueva Alemania y la que les esperaba a judíos y bolcheviques” (Lacosta, 2008, p. 59).

Las HJ dedicaban muchas horas a la educación física y a la vida saludable, puesto que Hitler creía que eran mucho más importantes que otras facetas o ámbitos, como la educación académica. Poco a poco, con el avance de la Segunda Guerra Mundial, sus funciones fueron más allá que las del simple entrenamiento de educación física y empezaron a participar en algunas operaciones de guerra, las menos complejas, “como defensa civil para apagar incendios, retirar escombros, rescatar heridos, enterrar cadáveres” (Lacosta,

2008, p. 71), hasta que, finalmente, se convirtieron en verdaderas armas de combate, en medio del campo de batalla. A los soldados que luchaban contra ellos, “les resultaba incomprendible que chicos que ni siquiera se afeitaban no pensaran más que en morir y matar en lucha contra hombres adultos que podrían ser sus padres” (Lacosta, 2008, p. 73). Eran niños adoctrinados desde muy jóvenes por el ideario nazi, por lo que su única meta era luchar por y para el führer, por el futuro de la Alemania nazi bajo cualquier concepto y circunstancia.

También se formalizó una sección femenina denominada *Bund Deutscher Mädel* (BDM) o Liga de las Doncellas Alemanas. Las funciones que desempeñaban no eran las mismas que las de la sección masculina, algo “lógico” en una sociedad machista: “Ellas se encargaban de las tres kas –*Kinder, Kirche, Küche* (niños, cocina e iglesia)–. Atendieron a heridos en hospitales, ayudaron en las guarderías y despidieron a soldados que no conocían en las estaciones de ferrocarril” (Lacosta, 2008, p. 68).

En suma, la autoridad educativa la asume en exclusiva el Estado. Hitler y su partido decidían sobre el futuro de los jóvenes, puesto que: “Padres y madres nada tenían que ver con el destino que se les preparaba a sus hijos. Los progenitores no tenían en ello poder de decisión alguno” (Lacosta, 2008, p. 67) ¿Y qué ocurrió al finalizar la guerra con la muerte de Hitler? La visión utópica de futuro desaparece, por lo que los jóvenes que habían sido entrenados y preparados para ello, se quedaron desamparados: “El conocimiento del suicidio del Führer fue como el despertar de un sueño hipnótico. Los nazis parecieron recobrar el sentido de la realidad” (Lacosta, 2008, p. 77). Esos niños y niñas adoctrinados bajo unos ideales que al final acabaron por desaparecer, se sentían manipulados, utilizados, y ya no tenían por quién ni por qué luchar. Además, no contaban con estudios académicos: “A cambio no recibieron casi nada, ni siquiera una educación decente, ni valores orales humanísticos con los que construirse un futuro” (Lacosta, 2008, p. 79-80). Así, muchos adolescentes tuvieron que empezar a estudiar desde primaria, puesto que, no tenían una base adecuada para afrontar niveles más altos. Lo único que sabían hacer era memorizar y repetir consignas constantemente; podían corear de memoria cualquier cántico o doctrina nazi, pero no tenían capacidad de raciocinio. Un curioso ejemplo: “Apenas se conoce ningún diario de algún miembro de las HJ, porque el nazismo no favorecía ni la introspección ni el individualismo

necesarios para escribir unas líneas con las que expresar sentimientos y emociones” (Lacosta, 2008, p. 80).

El adoctrinamiento nazi consiguió crear una gran organización de jóvenes fanáticos manipulados y utilizados, capaces de todo por el futuro de Alemania, no obstante, tras el final del régimen, tuvieron que retomar sus vidas de cero. Habían vuelto a la realidad, y así lo expone Lacosta: “Ésta es la pequeña crónica de cómo Adolf Hitler y el nazismo se apropiaron de la juventud y la infancia alemanas hasta casi destruirlas” (2008, p. 56).

Análisis hipótesis antinomias

Tal como se ha expuesto al comienzo del presente trabajo, una serie de antinomias educativas ayudarán a perfilar una hipótesis sobre el tema central de diferencias y semejanzas entre adoctrinamiento y educación. Las antinomias propuestas son las siguientes; *naturaleza y cultura, individuo y sociedad, conservación y transformación, presente y futuro.*

La Alemania nazi es un claro ejemplo de adoctrinamiento de las masas. La educación siempre apuesta por la búsqueda de la equidad entre los polos de las antinomias, sin sobrepasar los límites hacia una u otra, mientras que el adoctrinamiento se decanta por un extremo sin tener en cuenta el otro.

La antinomia *naturaleza y cultura* plantea esta cuestión: “¿Tiene realmente poder la educación en configurar el carácter de las personas, sus gustos, capacidades, inteligencia y aptitudes?” (Malón, 2017, p. 15). La respuesta desde el adoctrinamiento sería que sí, puesto que equipara cultura y enseñanza transmitida a los sujetos. En la Alemania nazi, los niños y niñas eran adoctrinados desde edades muy tempranas para acabar siendo producto de la educación recibida. Esta idea se aprecia en el cuento “*El hongo venenoso*”, con el que se impregna de ideales antisemitas a los más pequeños, para que crezcan ya con un tipo de pensamiento en concreto, rechazando a su vez cualquier otro.

Las siguientes historias cortas cuentan la verdad sobre el hongo venenoso judío. Muestran las muchas formas que el judío asume. Muestran la depravación y la bajeza de la raza judía. Muestran al judío como realmente es: ¡El diablo en forma humana! (Hiemer, 1938, p. 7)

El adoctrinamiento busca configurar la inteligencia y las capacidades de la persona, no tiene en cuenta la personalidad propia del sujeto, la naturaleza con la que nace, sus gustos o preferencias... Todo eso es anulado, *desactivado*. La educación, por el contrario, se apuntala en ambos extremos: la *cultura* entendida como la educación que se imparte es importante, pero no se puede rechazar la *naturaleza* con la que nace cada individuo. Así mismo, se ponen de relieve aspectos como la personalidad, aptitudes, capacidades propias, etc. En consecuencia, la educación no sería omnipotente (no lo sería todo); los niños y niñas no serían única y exclusivamente resultado de ella, sino una especie de combinación entre lo que se les enseña día a día y lo que son desde que nacen.

En cuanto al tandem *individuo y sociedad*: “¿Debe, por otro lado, la educación servir a los intereses del individuo o más bien a los de la sociedad?” (Malón, 2017, p. 15-16). Con otras palabras: ¿hay que adaptar al individuo a la sociedad en la que nace a costa de sus intereses o, por el contrario, se debe trabajar esa originalidad con la que nace? En el régimen nazi, se abogaba por el futuro alemán, por la sociedad perfecta que soñaban, de modo que, desde el adoctrinamiento, el individuo tenía que adaptarse a la sociedad que estaban creando, a los nuevos ideales, sin tener en cuenta sus intereses o su individualidad. Es decir: no pensaban en el individuo en sí mismo, sino en la sociedad que querían crear. Una sociedad a la que tenía que adaptarse el individuo y estaba “marcada” por ideales antisemitas, machistas, imperialistas, de poder y fuerza de la raza aria... No había lugar para los propios pensamientos o la originalidad de cada individuo. Solo existía una ideología, un único pensamiento, una única forma de interpretar la vida, y tenía que ser la misma para todos, por el bien común. Sin embargo, la educación parte de una equidad: es obvio que hay que transmitirle al niño una enseñanza basada en la sociedad en la que va a crecer y desenvolverse, pero respetando también su libertad, su originalidad, y atendiendo no solo a los intereses comunes sino también a los individuales.

La antinomia *conservación y transformación*, da pie al siguiente planteamiento: “La educación de las nuevas generaciones debe estar orientada a la *conservación* de un mundo, unas ideas, lengua, tradiciones, estructuras sociales, saberes, etc. o si, por el contrario, su papel es el de transformar el mundo para hacerlo mejor” (Malón, 2017, p. 16). La ideología nazi buscaba una *transformación*, la creación de un nuevo mundo: “Lo crucial era la creencia de que ‘el futuro nos pertenece’, de que un día el ‘sueño’ de

Hitler –sea cual fuere la interpretación que se le diera– se haría realidad.” (Kershaw, 2003, P. 53); una sociedad alemana fundamentada en la raza aria, en la exclusión de ciertas razas y en el borrado de lo preexistente. Como ya se ha visto, el adoctrinamiento inundó las aulas con el fin de que los jóvenes (el futuro) liderasen ese nuevo mundo. Hoy en día, la educación no persigue esa meta. En las aulas se enseña tanto la *conservación* de unas ideas y valores, una cultura, unas nociones que definen y explican lo que somos y el mundo en el que se vive, como la *transformación* entendida como visión de futuro, de creación de cierto cambio desde un punto de vista positivo y enriquecedor.

Por último, en cuanto a *presente y futuro*: “¿Debe ser el niño concebido y tratado como sujeto presente o como promesa futura?” (Malón, 2017, p. 17). Hitler veía a los jóvenes como planes de futuro, por lo que no valoraba el presente en el que habían nacido, la propia infancia. Todo fue sacrificado en aras de un supuesto futuro mejor. Por ejemplo, cuando los niños ingresaban en las HJ se adentraban en una nueva vida:

Difícilmente un niño de 10 años que empezaba este recorrido regresaba jamás al seno de su familia ni a lo que había sido su vida anterior. Desde los 10 años en adelante su vida pertenecía a las HJ, luego al NSDAP, al servicio del Tercer Reich y siempre a Hitler. (Lacosta, 2008, p. 67)

Podría decirse que el presente moría en pro del futuro. Al régimen nazi solo le interesaba el adulto que surgía tras el adoctrinamiento, el adulto del mañana que lucharía y daría la vida por la nueva Alemania. En la educación se tienen en cuenta ambas dimensiones: se trabaja con el niño del presente, respetando su infancia, su vida, sus bienes actuales, y a su vez se le prepara con la enseñanza para que sepa desenvolverse en una vida futura en la sociedad que le cobija.

El adoctrinamiento, pues, se sustenta en los extremos de *cultura, sociedad, transformación y futuro*, sacrificando el otro lado de la balanza, mientras que, la educación defiende la igualdad de todos ellos. El régimen nazi muestra a la perfección los rasgos característicos de todo adoctrinamiento. Por un lado, el *contenido* transmitido consistía en doctrinas falsas, tergiversadas, como es el caso del rechazo a los judíos por considerarlos una raza inferior; por otro, usaban *métodos* no racionales, puesto que defendían el *antiintelectualismo*, superponiendo lo ideológico a lo académico. Además, el *objetivo y resultado final* era el de crear fanáticos, individuos que siguieran los

ideales nazis sin cuestionarlos, por lo que el resultado final era un sujeto creado por y para defender esa ideología, esa nueva Alemania nazi, “El adoctrinamiento se caracteriza por la fe ciega” (Ibarra, 2018, p. 7).

Del análisis de las antinomias se concluye que el adoctrinamiento se vuelca hacia el extremo social o del bien común, sin tener en cuenta a los sujetos en sí mismos. La educación, en cambio, atiende al individuo, a sus aptitudes, a sus libertades, y su capacidad de raciocinio. En los primeros párrafos de este trabajo ya se anuncia la premisa principal: la educación trabaja en dos dimensiones; por un lado, la social, la de transmisión de cultura, nociones académicas, etc. y, por otro, la individual, la que trabaja la personalidad del individuo, sus emociones, sentimientos y valores, para que, con la suma de todo, el niño o niña disponga de las herramientas necesarias para emanciparse y ser libre en la sociedad.

CONCLUSIONES

Con el paso de los años, se ha estudiado e investigado a fondo tanto el concepto de adoctrinamiento como el de educación, la evolución, el recorrido de ambos, los fines, etc. Las disimilitudes son claras. Durante los años del totalitarismo, los niños y las niñas eran vistos como sujetos de futuro, como un motor de transformación y cambio, pero sin tener en cuenta las individualidades, los intereses particulares y cómo quería vivir cada cual su presente. Todo se sacrificaba en aras de un futuro común y social. La meta del adoctrinamiento era crear sujetos fanáticos, seguidores de un líder, unos ideales y una nación, por lo que nunca llegaban a emanciparse ni se sentían libres al final del recorrido formativo. Por el contrario, la educación, tal como la entendemos hoy, parte de un equilibrio, atiende tanto al presente como al futuro, se ampara en la conservación de ciertos valores, culturas y costumbres (consensuados por la sociedad) sin renunciar por ello a la transformación (la evolución propia del ser humano), y defiende el bien social sin anular al individuo. Como resultado final, el sujeto educado en libertad termina por soltar la mano del educador de forma natural y se apresta a vivir en sociedad con el equipaje de todo lo aprendido.

La educación es una herramienta muy poderosa, y si se hace mal uso de ella puede llegar a ser extremadamente peligrosa. Por eso es tan importante tomar “exacta conciencia” de dónde empieza el oscuro territorio del verbo adoctrinar. Como primera

referencia, el educador que no quiera pisar ese territorio “oscuro” tiene que recordar los dos principios expuestos por Gutmann al comienzo del trabajo. En el nuevo mundo surgido tras los totalitarismos, la educación se fundamenta en los principios de *no-represión* y *no-discriminación*, es decir, se imparten normas y nociones para todos los ciudadanos (buscando su bienestar y progreso), independientemente de su etnia, cultura, país, etc. Una escuela que coarte libertades o no deje expresar a los individuos sus sentimientos y anhelos, no es una escuela. El multiculturalismo, el respeto al otro en el más amplio de los sentidos y la aceptación y comprensión de la diversidad, son los pilares de la escuela del siglo XXI.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- Benso, C. (2003). De la urbanidad a la educación cívico-social. El tratamiento curricular del código social en la escuela franquista. *Revista española de pedagogía*, 225, 337-362.
- Casanova, J. (2011). *Europa contra Europa 1914-1945*. Barcelona: Crítica.
- Constitución Española. 1978.
- Fornés, L. (2009). El totalitarismo: Stalin, Hitler, Mussolini...y Castro. *Revista Hispano Cubana*, 35, 98-108.
- González, T. (2018). El discurso educativo del nacionalcatolicismo y la formación del magisterio español. *Historia Caribe*, 33, 83-120.
- Gutmann, A. (2001). *La educación democrática: una teoría política de la educación*. Barcelona: Paidós.
- Hernández, J. (2010). Ideología, educación y políticas educativas. *Revista española de pedagogía*, 245, 133-150.
- Hiemer, E. (1928). *El hongo venenoso*. Argentina: Sol Invicto.
- Ibáñez, J. (1981). Introducción al concepto de adoctrinamiento. *Revista española de pedagogía*, 153, 90-97.

- Ibarra, E. (2018). De la Intolerancia al Fanatismo. *Cuaderno de análisis*, 63, 5-25.
- Kershaw, I. (2003). *Adolf Hitler*. Barcelona: Ediciones Folio.
- Korstanje, M. (2013). Democracia y autoritarismo: La razón populista. *Nómadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, número especial, 1-11.
- Lacosta, X. (2008). Los niños de Hitler. *Historia 16*, 390, 54-81.
- Ley Orgánica 8/2013, de 9 de diciembre, para la mejora de la calidad educativa*, Madrid: Boletín oficial del Estado (2013)
- Malón, A. (2017). *Cuestiones de pedagogía social para maestros*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Melis, A. (1995). La formación profesional durante el Tercer Reich. *Revista de educación*, 306, 473-483.
- Páez, E. (2009). De las utopías de la Pedagogía y las pedagogías de la utopía. *Cuadernos de lingüística Hispánica*, 14, 81-94.
- Puelles, M. (2006). *Problemas actuales de política educativa*. Madrid: Ediciones Morata.
- RAE.
- Sánchez, J. (2019). *El culto pedagógico: crítica del populismo educativo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Suzzarini, A. (2010a). Una aproximación al concepto de utopía. *Revista semestral de filosofía práctica*, 24, 172-180.
- Suzzarini, A. (2010b). Platón, origen de las utopías. *Revista semestral de filosofía práctica*, 25, 146-159.
- Vázquez, V y Escámez, J. (2010). La profesión docente y la ética del cuidado. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, Número especial, 2-18.

